

Gustavo Zubleta Castillo

Una entrevista con Mr. Sherlock Holmes



Capítulo III

La lupa mágica

Como había expresado anteriormente compré la lupa que se exponía en una repisa. Con ella empecé a recorrer la mirada sobre varios objetos que se encontraban en los estantes del museo de Sherlock Holmes y me detuve a examinar con atención una estatuilla. Representaba una dama del siglo dieciocho en actitud de correr sobre un césped, provista de una sombrilla de vistosos colores sosteniendo en una mano y con la otra llevando una canasta llena de flores. En la parte posterior, en la base, se leía a simple vista: "Made in Paris 1870".

Cuando aproximé la lupa, el sillo que examinaba cambió de luminosidad y en letra cursiva aparecía: "Londres 1992". ¡No podía creer! Algún cambio se había apoderado a través de la lente. Se leía la inscripción que había suplantado un barniz muy bien disimulado. Volví a repetir la misma operación para convencerme y se repitió el mismo fenómeno. La estatuilla era falsa, había sido puesta para aumentar el número de piezas en el museo.

Estaba en posesión de un objeto que tenía cualidades muy extrañas; no sólo aumentaba el tamaño, sino que, ponía en evidencia una inscripción que se había alterado. ¿Qué otras propiedades poseía esta herramienta que antes era propiedad del más grande detective de la historia policial de Londres?

Un sudor frío invadió mi frente y se extendió por todo mi rostro. El estremecimiento recorrió mis extremidades inferiores y parecía que me iba a caer. La lupa temblaba en mi mano y esta situación llamó la atención del guardia que se encontraba en las proximidades.

¿Le pasa algo señor?, —me preguntó con un manifiesto propósito de ayudarme.

Yo le contesté: —Gracias me encuentro perfectamente. Aunque esta respuesta, estoy seguro no le

convenció del todo, se alejó discretamente de mi lado.

¿Cómo iba a relatarle la experiencia que acababa de pasar y convencerle de algo que yo mismo no estaba seguro? Tenía que probar otra vez las propiedades de esa pieza de museo que estaba en mis manos y que la había comprado como un souvenir. De manera que continué mi recorrido observando diversos objetos.

Ya estaba a punto de abandonar mi cometido cuando encontré un libro que se encontraba encima de otros dispersos en el suelo. En la tercera página, antes de ingresar al prólogo, se encontraba una dedicatoria que decía: "A mi amigo, el detective Sherlock Holmes, como expresión de admiración y afecto". Firmaba, "Dr. Watson, 14 de febrero de 1875". Cuando observé con la lupa, aunque tenuemente, se podía leer los dos nombres verdaderos: Sherwood Howells y Dr. Waterfall que habían sido suplantados.

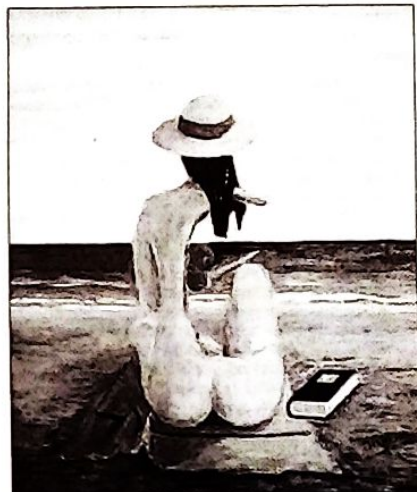
Estaba convencido de las propiedades mágicas de la lupa e indudablemente el museo completaba su colección con diversos objetos para ser más atractiva la leyenda del gran detective londinense. ¿Qué utilidad tendría para mí en el futuro?

Salí del museo con la impresión de que me había apoderado de una de las piezas más valiosas, sin que hasta entonces nadie se hubiera percatado de ello. Su precio podía alcanzar millones de libras. Es fácil imaginarse que, en manos de la policía, permitiría descubrir los crímenes más difíciles de resolver en los últimos años.

Observando con la lupa ningún documento podría pasar desapercibido, como los pasaportes, carnets, cheques, etc. que hubieran sido falsificados.

Continuará

Sólo eso



Soy la cicatriz en la desierta y satinada piel de tus pupilas sola, solita floreciendo del cemento, rajando el gris perfecto, desvariando el rostro de un pagano dios urbano.

Soy la quebrada que ha dividido en dos la llanura de tu espalda y la arañita olvidada en tu ombligo el orbe descosido.

Soy tus ojos claros sólo si lloras, tres cucharillas de azúcar, dos pies medrosos. Cuando escapo a la soledad soy la niebla, la epidemia.

Soy un blues a las tres en punto de la mañana, el azul corazón del fuego, la omisión de tus sienes, tu temporal con menos peso, sólo eso.

Lorena Castellón Beltrán. Oruro. Poeta.